

Svetlana Alexiévich, *La guerra no tiene rostro de mujer*

La guerra no tiene rostro de mujer
Svetlana Alexiévich
Penguin Random House
Madrid, 2015



Tomado de <https://goo.gl/1effq7>

La guerra femenina es más terrible que la masculina. Los hombres se ocultan detrás de la Historia, detrás de los hechos; la guerra los seduce con su acción, con el enfrentamiento de las ideas, de los intereses [...] mientras las mujeres están a expensas de los sentimientos [...]. Sus recuerdos [los de las mujeres] son distintos, su forma de recordar es distinta. Son capaces de ver aquello que para los hombres está oculto. Repito: su guerra tiene olores, colores, tiene un detallado universo existencial.

SVETLANA ALEXIÉVICH

Con estas palabras de su diario de trabajo, la periodista y escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich (1948), ganadora del Premio Nobel de Literatura 2015, resume muy bien las impresiones que le dejó la experiencia de escribir el libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, publicado en su primera versión hacia 1985, antes de la caída del muro de Berlín y el derrumbe del bloque soviético, y en una segunda versión, corregida, aumentada y ya libre de la censura, hacia 2003. Esta última es la versión que se tradujo al español, editada por Penguin Random House, en su colección Debate, en 2015.

El diario de trabajo profundiza en los motivos que llevaron a Alexiévich a emprender este proyecto. Su infancia en una aldea bielorrusa poblada únicamente por mujeres, pues los hombres habían muerto o

desaparecido en la guerra. La guerra como tema de conversación permanente entre los adultos, con un aura de misterio, de asuntos que solamente se mencionan con acento grave, trágico. La memoria compartida de combatientes y civiles muertos durante los años de la invasión nazi, en cada barrio, en cada familia. La guerra incluso como motivo para los juegos infantiles, en los que los niños utilizaban vocablos en alemán para referirse a los “malos”.

Alexiévich, ya adulta y en ejercicio de su profesión como periodista, decidió emprender su exploración a partir de una mirada que pocos han recogido en los textos de historia sobre la Segunda Guerra Mundial: la de las mujeres. Según estimativos oficiales, más de un millón de mujeres combatieron en el Ejército Rojo, muchas de ellas ejerciendo tareas hasta ese momento reservadas para los hombres: francotiradoras, zapadoras, aviadoras, conductoras de tanques, artilleras. Muchas también fueron enfermeras, médicas y auxiliares en las primeras líneas del frente. Las mujeres combatieron hombro a hombro con los hombres, compartieron trincheras, soportaron las mismas penurias, el hambre, las enfermedades, el miedo durante los bombardeos, y padecieron la violencia sexual, el maltrato, el menosprecio de sus comandantes y com-

pañeros de armas. Miles de ellas murieron o resultaron heridas en los campos de batalla, y a pesar de eso, a la periodista le intriga que pocos libros de la “historia oficial” soviética de la guerra reconozcan su papel.

De ahí que la autora iniciara este recorrido por el inmenso país soviético, que le tomó cerca de ocho años, para recoger los testimonios de cientos de mujeres combatientes. Se entrevistó con ellas en sus casas, en la intimidad de habitaciones y apartamentos; logró que vencieran sus reservas, que se atrevieran a recordar los momentos más dolorosos de esa etapa que las marcó para siempre, que se permitieran llorar y al mismo tiempo reivindicarse en su condición de seres humanos inmersos en el peor cataclismo bélico que ha habido hasta el momento en la historia humana.

En un punto, cuando ya habían transcurrido dos años de esta labor y los testimonios y las grabaciones se acumulaban, Svetlana Alexiévich se preguntó: “¿Con qué palabras se puede transmitir lo que oigo?”. Necesitaba encontrar un género nuevo, una forma de contar que respondiera a sus inquietudes de autora y a la fidelidad con que quería reproducir las voces escuchadas. La solución la encontró en el libro *Soy la aldea en llamas*, del escritor bielorruso Alés Adamóvich (1927-1994), una novela construida a partir de las voces de la vida diaria.

La guerra no tiene rostro de mujer está constituido —en la línea de quien Alexiévich considera su maestro— como una polifonía, como una sucesión de cientos de voces de mujeres que reconstruyen, muchas de ellas por primera vez, las vivencias de la guerra. La autora edita, selecciona, los momentos más estremecedores, los más significativos, los más íntimos; los agrupa por temas, por la familiaridad que surge entre unos testimonios y otros, y de este ejercicio detallado, metódico, surge un gran fresco de la conflagración que sacudió al

país soviético entre 1941 y 1945, desde esa perspectiva femenina que tantas sospechas despertó entre el *establishment* soviético y dificultó su publicación en la etapa anterior a la caída del muro de Berlín.

Están presentes, como puede esperarse, la sangre, la brutalidad y el dolor, la amenaza constante de la muerte, el miedo, los detalles más minuciosos y aterradores del combate, pero también las expresiones de la femineidad, que constituyen una especie de rebeldía en un contexto eminentemente masculino. Se narra la cotidianidad de las trincheras, el trasegar de los partisanos tras las líneas enemigas, la hermandad y la exaltación que brotan de circunstancias extremas, el amor que se hace posible en medio de la devastación, la mirada sobre la naturaleza y los paisajes, las sensaciones y observaciones que nunca figurarán en los libros de historia.

Algunas combatientes cuentan desde la frustración de sus vidas después de la guerra, reducidas a trabajos rutinarios o a su condición de amas de casa, sin reconocimientos públicos ni privados por el esfuerzo realizado, sus hazañas de combate, su resistencia y su capacidad para sobrevivir, condenadas incluso al silencio, al comprobar que la sociedad de posguerra sataniza a las excombatientes por lo que considera comportamientos ajenos al “decoro” y las buenas costumbres.

“No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra. No escribo la historia de la guerra, sino la historia de los sentimientos. Soy historiadora del alma”, afirma Svetlana Alexiévich en su diario de trabajo, al definir en buena medida el propósito de este libro y de su obra en conjunto, que tal vez por eso mereció el Premio Nobel de Literatura 2015, por encima de otros autores y obras que se ajustan mejor al “canon” de lo que puede considerarse literario.

“Estudio a la persona concreta que ha vivido en una época concreta y ha partici-

pado en unos acontecimientos concretos; por otro lado, quiero discernir en esa persona al ser humano eterno. La vibración de la eternidad. Lo que en él hay de inmutable”, anota la autora. Ese ser humano eterno, inmutable, es el de estas mujeres que sobrevivieron a una época terrible y pueden

evocarla con lucidez, con ternura incluso, sin poder evitar la amargura del presente.

ÓSCAR GODOY BARBOSA

Escritor, profesor de la Universidad Central,
autor de la novela *Once días de noviembre*.